

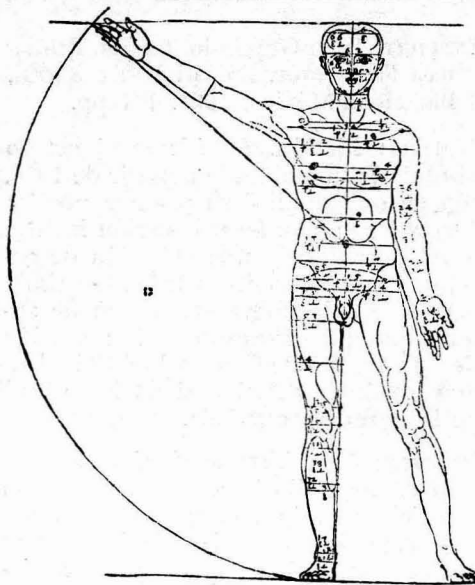
Hace algunos meses se editó en París un libro perteneciente a un género que no suele ocupar a las publicaciones culturales: *Magies Quotidiennes* de R. Dewitt Miller — Plon, 174 pp. (aparecido antes en Norteamérica con el título *Forgotten Mysteries*); incluye quince capítulos y una introducción que explica las fuentes y propósitos de la obra: “En las páginas siguientes, el lector va a enfrentarse con una serie de sucesos extraños. A menudo sentirá la tentación de recurrir a esta palabra que anestesia: *impossible*; ya que las historias que se narran aquí no pueden pasar ni por leyendas ni por habladurías.” Buena parte de los materiales que han servido para esta crónica del misterio, se utilizaron antes en una sección semanal de la revista *Coronet*. La simple enumeración de sus capítulos da una idea aproximada de cuál es el contenido de *Magies Quotidiennes*: El ejército de fantasmas, Las serpientes marinas, Los barcos malditos, Fantasmas, Casas encantadas, Continentes desaparecidos, Enigmas del espacio exterior, Los detentadores de un extraño poder, Animales pensantes y parlantes, La noción del tiempo y El valle de la sombra, o sea lo que existe más allá del término de las vidas humanas.

Elegidas al azar, éstas son algunas de las innumerables “magias cotidianas” que en su libro registra Dewitt Miller: En la noche del 27 de junio de 1914, Joseph de Lanyi, obispo de Grosswarden, tuvo un sueño perturbador. Veía sobre una mesa de trabajo una carta con bordes negros y con el sello heráldico de un archiduque, al que antes enseñó el idioma húngaro. El obispo abrió la carta. Se despertó aterrorizado. Apuntó la hora: las cuatro y media, y el contenido de la carta. A las seis, su criada vino a despertarlo y lo encontró muy agitado, rezando el rosario. El sacerdote llamó a su madre y a su ama de llaves para comunicarles el mensaje recibido en su sueño: “Su eminencia, querido señor Lanyi. Mi esposa y yo hemos sido víctimas de un atentado político en Sarajevo. Nos encomendamos a sus plegarias. Sarajevo, junio 28 de 1914.” Estaba firmada por Francisco Fernando, archiduque de Austria, el mismo que, diez horas después, moriría en Sarajevo, y con su muerte desataría la Primera Guerra Mundial.

Antes de glosar otros acontecimientos, aún más extraños, de la guerra del 14-18, traduzco algo que está más cerca de nosotros: “Lo que sigue constituye una relación de hechos que forman un lazo entre el escritor norteamericano Thomas Wolfe y *K. 19*. Poco después de la publicación de su libro *Look Homeward Angel*, Wolfe envió a sus editores un manuscrito titulado *K. 19*. Su trama se desplegaba en torno de un vagón-pullman, el *K. 19*. Tales páginas no fueron publicadas unitariamente, pero después Wolfe las incluyó en *Of Time and the River*. Por entonces, parecía fascinado por el *K. 19*, pues en su última obra, *You cant go Home again*, lo menciona otra vez. Wolfe murió el 15 de septiembre de 1936, y su amigo y editor Edward Ashwell —que narra el hecho en *The Hills beyond* (1941)— estaba presente cuando el cuerpo del escritor fue depositado en un vagón que lo conduciría al sitio de su nacimiento, Asheville, Carolina del Norte.

La familia de Wolfe tomó ese mismo tren, y mientras el convoy se iba alejando, Ashwell comprobó el número del pullman que transportaba el cadáver de Wolfe: *K. 19*. (De *Le Notion de temps*.)

(De *L'armée de fantomes*): A fines de agosto de 1914, el avance continuo de los ejércitos alemanes disipó la esperanza que tenían los aliados en una rápida victoria. Durante esos días de cansancio, desastre y matanza, comenzaron a propagarse misteriosos relatos. El cabo de fusileros Headly-Johns dijo a un periodista londinense: “Yo formaba parte de un batallón que se batía en retirada cerca de Mons, el 28 de agosto. El día era claro y cálido; no había nubes en la región. Hacia las nueve de la noche, estaba de guardia con ocho o nueve compañeros. Repentinamente, el capitán Leatons llegó hasta nosotros y preguntó si no habíamos visto nada anormal. (El capitán dijo textualmente: “nada pasmoso”). Poco después, interrogó por separado a cada uno de nosotros, señalando hacia el cielo. En



Canon de Dürer

la atmósfera distinguí con claridad un curioso resplandor perfectamente delimitado, que no era un reflejo lunar; cuando este resplandor se hizo más nítido, pude notar tres formas: la de enmedio llevaba algo semejante a grandes alas desplegadas; las otras dos eran menos claras, pero se distinguían de la primera y parecían vestidas con un manto dorado. Estaban ante nosotros, por encima de las líneas alemanas. Las observamos durante tres cuartos de hora. Todos los hombres que estaban conmigo las vieron, y los restantes grupos también. No creo habitualmente en estos fenómenos, pero no tengo la menor duda de lo que vi. He servido con lealtad al ejército por espacio de quince años, y no soy hombre capaz de hacer el ridículo contando tales hechos por simple diversión.” ... En la noche del 28 de agosto de 1914, Mrs. Campbell, enfermera, atendió a un herido, piloto de la Real Fuerza Aérea, quien le informó: “Todos lo vimos. Era una especie de niebla amarilla que se levantaba frente a los alemanes. Mientras duró esa

niebla, pude ver a un hombre enorme, de cabellos rubios, con túnica dorada, que montaba un caballo blanco y blandía una espada.” ... Se conserva también un parte del teniente coronel Seldon, enviado el 14 de septiembre de 1915 al *London Evening Post*. La noche del 27 de agosto del año anterior, Seldon marchaba con otros oficiales al frente de una columna de tropas fatigadas. Al mirar la campiña, Seldon descubrió dos columnas de caballeros que avanzaban paralelamente a sus hombres. Creyéndose víctima de una alucinación, no dijo nada a sus amigos. Minutos más tarde, uno de ellos le preguntó si no advertía que unos escuadrones de extraños guerreros iban a sus costados. La tropa se dio cuenta también. Se detuvieron. Un oficial partió con una columna de reconocimiento. Volvieron sin haber visto nada. Pasó la noche y se desvaneció la caballería fantasma. El informe de Seldon termina así: “Por mi parte, estoy absolutamente convencido de haber visto a esos caballeros, y aseguro que existen fuera de mi imaginación. No intento explicar el misterio; me limito a relatar los hechos.” ... Un relato verídico publicado en una revista inglesa, *The National Message*, el 24 de abril de 1940, es —a juicio de Dewitt Miller— el más importante de los que surgieron en el curso de la Primera Guerra Mundial. Lo cuenta un observador oficial, el capitán Cecil Wighmick Haywood, agregado al servicio de inteligencia británico. Durante la época en que estaba acuartelado en la aldea de Béthune, junto al célebre frente de La Basée, las tropas portuguesas ocuparon esta posición y cedieron bajo el terrible bombardeo alemán. La brecha tuvo que ser cubierta por una compañía inglesa de ametralladoras, que se colocó en las orillas de un canal. La artillería alemana comenzó a batirlos y después, bruscamente, cambió de objetivo y se encarnizó sobre un punto completamente desierto, próximo a Béthune. “Se han vuelto locos —dijo un sargento al capitán Haywood—; ¿qué verán cerca de ese trigal donde no hay nada?” Cuando cesó el fuego, el capitán Haywood caminó hasta la orilla del canal: sorprendido, vio a unos grupos de infantería alemana que escapaban, abandonando armas y bagajes, con la sola preocupación de huir a la mayor velocidad. En los días siguientes, el capitán interrogó a un gran número de prisioneros. Todos le contestaron lo mismo: Seguros de su triunfo, los alemanes avanzaban cantando. De pronto vieron sobre la colina una formación de caballeros “vestidos de blanco, sobre caballos blancos”, según la descripción de los prisioneros. El fuego se concentró en toda su intensidad sobre aquellos jinetes, sin que fuera posible derribar a ninguno. La caballería avanzaba al trote lento. Ante ella marchaba su jefe, un hombre alto que llevaba al cinto una espada que no era la de un oficial sino la de un cruzado, y tenía en sus manos las riendas de su montura. Entonces —a pesar de que tenían el combate ganado— el valor abandonó a las tropas del Káiser. Para los alemanes la victoria no existía ya; eran unos hombres en desbandada, incapaces de combatir contra un ejército fantasma. A partir de ese instante no volvió a hablarse de estos fenómenos, que se manifestarían otra vez en tiempos de la Segunda Guerra Mundial ... *Which is not to be wondered at.*